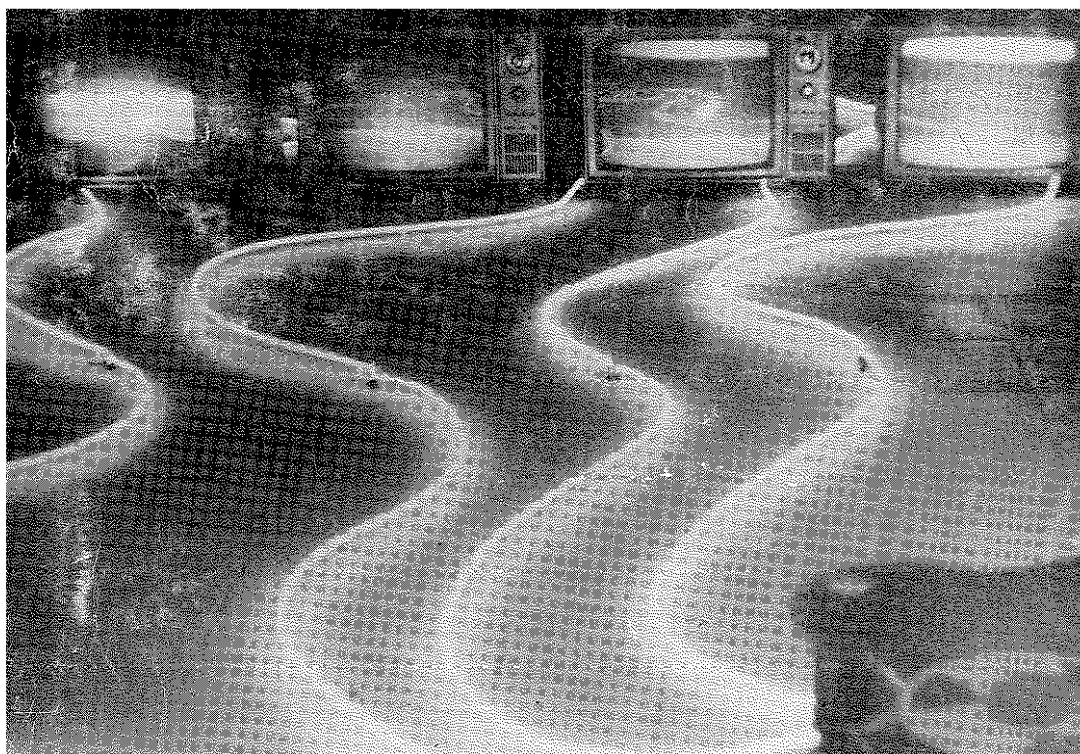


LOS INTELECTUALES Y LAS INSTITUCIONES DE LA CULTURA

josé joaquín brunner
angel flisfisch



Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

PARTE PRIMERA
Temas Teóricos Generales

CAPITULO I

Quiénes son los intelectuales: la figura en el espejo

“La Oruga y Alicia se estuvieron mirando un rato en silencio; por fin la Oruga se sacó la pipa de la boca, y se dirigió a la niña con voz lánguida y adormilada.

—¿Quién eres tú?— dijo la Oruga.

No era una forma demasiado alentadora de empezar una conversación. Alicia contestó un poco intimidada:

—Apenas sé, señora, lo que soy en este momento... Sí sé quién era al levantarme esta mañana, pero creo que he cambiado varias veces desde entonces.

—¿Qué quieres decir con eso?— preguntó la Oruga con severidad. —¡A ver si te aclaras contigo misma!”.

Lewis Carroll

Es probable que el lector no se sorprenda al enterarse de que no existe una definición universalmente aceptada acerca de qué es un intelectual y quiénes son los intelectuales. En esta materia, hay una gran diversidad de opiniones, muchas veces contradictorias entre sí.

Si se parte por las definiciones a la mano se encuentra uno, rápidamente, en dificultades.

“Intelectuales, se lee en la Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales (1968), son el agregado de las personas que en cualquier sociedad emplean en su comunicación y expresión, con una frecuencia relativamente más alta que la mayor parte de los demás miembros de su sociedad, símbolos de orden general y de referencia abstracta concernientes al hombre, la

sociedad, la naturaleza y el cosmos"¹. El propio Shils, autor de esa definición en la Enciclopedia, no contribuye a hacer más fáciles las cosas cuando en otra parte agrega: "En cada sociedad... hay algunas personas con sensibilidad especial para lo sagrado, y con excepcional capacidad para reflexionar acerca de la índole de su universo y de las reglas que gobiernan la sociedad en que viven. En cada sociedad existe una minoría de individuos que, en mayor medida que el común de las gentes, está animada por un espíritu de indagación y anhela entrar en frecuente comunión con símbolos más genéricos que las inmediatas situaciones concretas de la vida cotidiana y más remotos en su referencia tanto al tiempo como al espacio. Esa minoría siente la necesidad de exteriorizar dicha búsqueda en el discurso oral y escrito, en la expresión poética o plástica, en la reminiscencia o el escrito histórico, en las prácticas rituales y los actos de adoración. Esta necesidad interior de penetrar más a fondo, bajo la pantalla de la concreta experiencia inmediata, caracteriza la existencia de los intelectuales en todas las sociedades".

El Diccionario hispanoamericano de Ciencias Sociales es menos claro. Señala que la sustantivación de intelectual pudiera parecer abusiva, y por eso consagra el uso del término **intelligentsia**, "grupos de personas que cumplen la importante misión de crear, llevar y distribuir la cultura"².

Nuestro diccionario de la Real Academia (edición de 1970) define intelectual como adjetivo que significa "perteneciente o relativo al entendimiento", "espiritual o sin cuerpo", "dedicado preferentemente al cultivo de las ciencias o las letras" y agrega que se usa también como sustantivo.

No es demasiado distinta la situación en otros idiomas. El Dictionnaire de l'Académie française (1935) admite el empleo de **intellectuel** como sustantivo e indica: "Se dit des personnes chez qui prédomine l'usage de l'intelligence et, dans ce sens, s'emploie souvent par opposition a manuel"*. En Francia, además, el término no es de larga data. Nació a propósito del caso Dreyfus, y fue usado en un manifiesto de sus defensores publicado por Clemenceau en l'Aurore. Respuesta de Maurice

* "Se dice de las personas en las que predomina el uso de la inteligencia y, en este sentido, se emplea frecuentemente por oposición a manual". (La traducción es nuestra).

Barres unos días más tarde en *Le Journal*: "Tous aristocrates de la pensée tiennent à affirmer qu'ils ne pensent pas comme la vile foule"³ *

Más directo, *The Concise Oxford Dictionary* (1964) dirá del intelectual: "Person possessing a good understanding, enlightened person, esp. the (intellectual)s (of a country, etc.)"^{**}.

Por último, la Gran Enciclopedia soviética, traducción inglesa: "A social stratum consisting of people professionally engaged in mental work, primarily of a complex and creative kind, and in the development and spread of culture"⁴ ***.

También en Chile, ya hacia fines del siglo pasado, empezó a ser habitual el uso de la noción de intelectuales. Así, por ejemplo, Valentín Letelier en su *Filosofía de la Educación* (1892) dice que es función principal de las Universidades "la de jenerar una clase selectísima de intelectuales que a pesar de las tendencias utilitarias del medio ambiente, mantenga encendido el culto desinteresado de la ciencia, de las letras i las artes, adquiera el espíritu i el hábito de la investigación i sirva de cuna i orfjen al personal docente de los Estados"⁵. Es probable que también entre nosotros, como en la Francia del affaire Dreyfus, dicho término fuese más usual entre los círculos positivistas, liberales y racionalistas, y que, en un sentido conservador, se aplicara más a la imagen del "doctrinario" o el "ideólogo", esa figura que despreció Encina⁶.

De cualquier modo, resulta claro que la noción de intelectual se constituye en un campo semántico cargado de valores, cuya articulación "por lo alto" (las cosas del espíritu) hace emerger, de contraste, aquéllo que excluye. Esto es, la masa, el trabajo manual y práctico, las rutinas cotidianas (el intelectual es Charles Citrine, Stefan Dedalus, Galileo Gall...), la sensibilidad común, el lenguaje ordinario, las referencias concretas, las situaciones inmediatas.

* "Todos esos aristócratas del pensamiento insisten en afirmar que ellos no piensan como la vil muchedumbre". (La traducción es nuestra).

** "Una persona que posee una buena facultad de entendimiento, una persona ilustrada, esp. el o los intelectuales (de un país, etc.)". (La traducción es nuestra).

*** "Un estrato social que consiste de personas profesionalmente involucradas en trabajo mental, primariamente de un tipo complejo y creativo, y en el desarrollo y difusión de cultura". (La traducción es nuestra).

Es decir, el intelectual se describe a sí mismo como perteneciendo a un grupo selectísimo. En el límite, la superioridad pretendida se vuelve innombrable: son pocos los que, por ejemplo en una entrevista, se definirían como tales.

Pero continuemos adelante, todavía por un momento, con este ejercicio de Alicia y la Oruga.

Los intelectuales son aquellos "que crean, distribuyen y aplican la cultura" (Lipset); los "que producen las ideas y las ideologías" (Mannheim); los que "adhieren en común a una cultura del discurso crítico" (Gouldner).

Algunos marxistas no dicen, por su lado, algo demasiado diferente: los intelectuales "son los productores directos de la esfera ideológica, los creadores de productos ideológico-culturales" (Lowi). Y Debray: el intelectual es aquél "qui transmet aux autres hommes ce qu'il pense du monde... l'homme de la communication"*

Raymond Aron, en cambio, ubica ciertas funciones intelectuales que habrían perdurado a lo largo de los tiempos. Aquéllas que desempeñan los escribas, los artistas y los expertos. "Toutes les sociétés ont eu leurs scribes, qui peuplaient les administrations publiques et privées, leurs lettrés ou artistes, qui transmettaient ou enrichissaient l'héritage de culture, leurs experts, légistes qui mettaient à la disposition des princes ou des riches connaissance des textes et art de la dispute, savants qui déchiffraient les secrets de la nature et apprenaient aux hommes à guérir les maladies ou à vaincre sur les champs de bataille"***

La figura del escriba, sobre todo, ha atraído la atención de los estudiosos. Tal vez se encontraría allí, en la nebulosa de su surgimiento sobre la superficie de la división del trabajo, el origen más remoto del intelectual. Como dice Lévy-Strauss en su "lección de escritura" aprendida entre los nambiquara, en el

* "Quien transmite a los otros lo que piensa del mundo... el hombre de la comunicación". (La traducción es nuestra).

** "Todas las sociedades han tenido sus escribas, que poblaron las administraciones públicas y privadas; sus letrados o artistas, que transmitían o enriquecían la herencia cultural; sus expertos, legistas que ponían a la disposición de príncipes y ricos el conocimiento de los textos y el arte de la disputa; sus sabios que descifraban los secretos de la naturaleza y enseñaban a curar enfermedades o a vencer en los campos de batalla". (La traducción es nuestra).

caso del escriba "su ciencia se acompaña de poder". Desde Egipto hasta China, la escritura habría surgido como un medio para administrar a los hombres, antes que para iluminarlos. Función de integración, de jerarquía y de disciplina. "El empleo de la escritura con fines desinteresados para obtener de ella satisfacciones intelectuales y estéticas es un resultado secundario, (...) cuando no se reduce a un medio para reforzar, justificar o disimular el otro"⁸. Godoy y Watt, por su cuenta, llaman la atención sobre el hecho que —"for whatever ultimate causes"— sea en Egipto, Mesopotamia o China, con el establecimiento de los escribas, surgió una élite de expertos religiosos, administrativos y comerciales que se mantuvo a sí misma como una burocracia centralizada de gobierno sobre la base de pautas relativamente semejantes. Un anónimo egipcio varios centenares de años antes de nuestra era dejó escrito: "The scribe is released from manual tasks: it is he who commands"⁹ *.

Los intelectuales del norte, todavía hace unas pocas décadas, llamaban a los escribas del sur de América "pensadores"¹⁰. Ellison define al intelectual nativo como el "escritor... creador de obras artísticas, sea poeta, novelista, dramaturgo o ensayista". Y entre estos últimos deben contarse "filósofos, educadores, historiadores, políticos, periodistas y otros que comúnmente no se encuentran relacionados con la literatura estética, a condición de que posean estilo literario, es decir, una manera de escribir que aspire a alcanzar la belleza. La distinción estilística es altamente apreciada en la América Latina"¹¹. En una vena similar, Marsal entiende por intelectual a "aquél que generaliza el saber, en forma más o menos literaria, para un público más amplio que el de su círculo profesional".

Para Mannheim, por fin, la *intelligentsia* se caracteriza por su diversidad y por la ausencia de intereses comunes. Los intelectuales son tales, más bien, por "su posición diferencial en la cultura". Son, por excelencia, los hombres cultos. ¿Sobre qué bases establecer, sin embargo, dicha diferenciación que consagra al "ser culto"?¹². Históricamente, responde Mannheim, el primer criterio de diferenciación está implicado por la yuxtaposición entre las labores manuales y las intelectuales. Ella ha implicado siempre una valorización social, por ejemplo, una

* "El escriba está liberado de tareas manuales: es él quien comanda". (La traducción es nuestra).

diferencia de rango. La subsecuente valorización del trabajo intelectual trae consigo la diferenciación entre las profesiones libres y los oficios. Aquéllas conforman ya, profundamente, el status social. Esta clasificación caballeresca de las ocupaciones intelectuales, como la llama el autor, continúa presente en una tercera diferenciación: la que existe entre los cultos y los incultos. En el caso del ser "culto" actúan, sin embargo, diversos principios de selección: "cultura, rango y renta". La simbiosis social resultante "produce una cultura homogénea, es decir, una forma convencional de refinamiento social selectivo". Mas este contraste convencional pierde en seguida vigencia. Con el surgimiento del Estado absoluto, la jerarquía burocrática crea su propio dispositivo de diferenciación: el de los títulos académicos para las carreras de la administración civil. El hombre culto llega a ser identificado, entonces, con el poseedor de un título y de una carrera que monopoliza su especialidad. Los hombres bien educados darán así paso, por último, a los que se encuentran en posesión de los conocimientos aplicables.

De lo dicho hasta aquí cabría concluir solamente que, en el espacio social, el intelectual aparece investido por una **distinción**. Es el culto, el creador, el que piensa y comunica, el que se orienta por las cosas del espíritu, el que produce ideologías, el artista, el escriba, el experto: en fin, "tous ces aristocrates de la pensée...".

Si aceptamos éste como nuestro punto de partida, nos veremos conducidos, inevitablemente, a interrogarnos sobre cuáles son las bases "materiales" de esa distinción proclamada, pretendida o atribuida.

Del mero catálogo de definiciones provisto es fácil observar que esas bases refieren sistemáticamente a uno de dos términos: **cultura o poder**. El intelectual como creador, letrado y artista; el intelectual como político, experto e ideólogo.

Interesa por lo tanto, en un siguiente estadio de nuestra indagación preliminar, averiguar cómo se establece la conexión intelectual/cultura, y aquélla otra, intelectual/poder. Sobre todo, conviene formarse una imagen, al menos inicial, de cómo en cada caso se procede a delimitar el universo de los intelectuales considerados.

Según Shils, cabe distinguir entre cultura superior o refinada, media y grosera¹³. La primera es producida y consumida por los intelectuales en sentido estricto: profesores universitarios,

científicos, estudiantes universitarios, escritores, artistas, profesores del ciclo secundario, miembros de las profesiones doctas (derecho, medicina, y la Iglesia), periodistas y altos funcionarios de la administración pública, así como una pequeña cantidad de hombres de negocios, ingenieros y oficiales de Ejército.

Lipset distingue en la cultura una función creadora, una de distribución, y una de aplicación. El núcleo de la *intelligentsia* estaría compuesto por los creadores: sabios, artistas, filósofos, escritores y algunos editores y periodistas. Entre los distribuidores cuenta a los maestros y a la mayoría de los periodistas. Considera que aplican la cultura como parte de sus tareas profesionales los abogados y médicos. Según Lipset, entonces, son intelectuales los creadores y distribuidores de la cultura¹⁴.

Gouldner sostiene la existencia de una "nueva clase" compuesta por intelectuales (humanistas) e *intelligentsia* técnica, clase que caracteriza por una conducta lingüística peculiar (cultura del discurso crítico) y por el hecho que se apropia privadamente de las ventajas de un capital cultural histórica y colectivamente elaborado. Forman parte de esta nueva clase: ingenieros, administradores, profesorado universitario, contables y auditores, funcionarios, administradores e inspectores del gobierno, directores de editoriales, periodistas, personal que trabaja en los servicios sociales y de esparcimiento, religiosos.

En una línea de análisis semejante a la de Gouldner, Daniel Bell ha pretendido dimensionar lo que llama "the knowledge class"¹⁵. Distingue dentro de ella, como tendencia, tres subgrupos: la élite creativa de científicos y administradores directivos, un grupo medio de ingenieros y profesores, y un proletariado de técnicos, profesores asistentes y jóvenes profesores. La categoría ocupacional que más interesa a Bell es la de los profesionales y técnicos, pero también incluye en la "educated class" a gerentes, funcionarios y propietarios. El promedio de escolaridad de esa clase se sitúa en USA entre 2 y 4 años de college.

En suma, la noción de cultura —empleada como referente distintivo de los intelectuales— apunta por igual en los autores a **ocupación y escolaridad**, sin perjuicio de la noción de cultura que cada uno sostenga. Por ejemplo en el caso de Bell: "Culture is thus the realm of sensibility, of emotion and moral temper,

and of the intelligence, which seeks to order these feelings"¹⁵ bis*.

¿Qué ocurre, en cambio, cuando el referente elegido es el poder? Silvino Grussu, que ha estudiado a los intelectuales en Italia, previene de un primer peligro, cual es restringir la cuestión de los intelectuales sólo al área de la alta cultura. El segundo peligro, indica, es el de incluir todo discurso sobre los intelectuales en aquel otro más comprensivo y seguramente más incierto sobre los sectores medios y sobre la pequeña burguesía. En cambio, señala, "sono le caratteristiche politiche e ideologiche che la funzione dell'intellettuale può assumere, nelle differenti tipologie che emergono dalla storia delle diverse società, il vero cuore del problema"¹⁶ **. En suma, lo que determinaría el estatuto del intelectual en cada sociedad concreta sería el cumplimiento de ciertas funciones caracterizadas tanto por su inscripción en el campo político como por su carácter sustantivo: funciones especializadas en el conocimiento y la práctica profesional, de responsabilidad en una línea jerárquica, de control y activación del consenso, de dirección política, etc. De este modo, cabría contar entre los intelectuales a los profesionales liberales incluidos los profesores de todos los niveles; a los funcionarios de los aparatos culturales (escritores, periodistas, publicistas, críticos, traductores, actores, artistas), religiosos, funcionarios superiores de los aparatos de defensa y seguridad, y otros profesionales y técnicos.

Lowi, a su vez, distingue los intelectuales (productores inmediatos de ideología) de los empresarios, administradores y distribuidores de los bienes culturales. Son intelectuales, por eso, los escritores, artistas, poetas, filósofos, sabios, investigadores, publicistas, teólogos, algunos tipos de periodistas, algunos tipos de profesores y estudiantes, etc. Son el sector de punta de una masa de trabajadores intelectuales que se caracteriza por ser el "más distante de la producción económica". Conforman por lo mismo una categoría social que disfruta de una cierta

* "La cultura es así el dominio de la sensibilidad, del temperamento moral y la emoción, y de la inteligencia, que busca ordenar estos sentimientos". (La traducción es nuestra).

** "En el verdadero corazón del problema están las características políticas e ideológicas que la función del intelectual puede asumir, según las distintas tipologías que emergen de la historia de las diversas sociedades". (La traducción es nuestra).

autonomía de las clases sociales. Pero, con todo, esa **intelligentsia** presenta una afinidad, una complicidad sociológica, con la pequeña burguesía. Pues es precisamente entre la masa de los trabajadores intelectuales (pequeña burguesía) que se reclutan sus miembros. Hay entre ambas un "innegable lazo de origen social". Por otro lado, los intelectuales cuentan con los medios de trabajo y subsistencia que, por su naturaleza, pertenecen tradicionalmente a la pequeña burguesía en general y a las profesiones liberales en particular¹⁷

Debray acepta también para los intelectuales la clasificación de categoría social. Pero la define como una categoría fronteriza: a caballo sobre varios territorios, el de las profesiones liberales y los cuadros administrativos superiores, e incluso el de los trabajadores por cuenta propia y los empleados públicos. Debray distingue por eso entre profesionales del intelecto y profesiones intelectuales. Aquéllos, designados comúnmente como la **intelligentsia**, constituyen la aristocracia de los trabajadores intelectuales. Los que crean por oposición a los que administran, distribuyen u organizan. Los que inventan versus los que repiten. Puesto a contar, Debray adopta la definición de Lowy (productores ideológicos) y suma hombres de letras y artistas, profesiones intelectuales, especialistas de la publicidad, periodistas y comunicadores. Excluye por ende a los científicos, pero también a los abogados, médicos y profesores puesto que todos ellos obtienen su ingreso principal de su actividad principal, que no se identifica con la de los integrantes de la alta **intelligentsia**. En cambio, computa a los artistas y profesores universitarios, y a los profesores de los cursos terminales de la enseñanza secundaria, cuyas actividades serían por lo general creativas y, además, productivas desde el punto de vista del poder¹⁸

En suma, quienes definen a los intelectuales por referencia al poder y a las relaciones políticas prevaletentes en la sociedad, procuran sobre todo construir un conglomerado que pueda ser identificado en términos de clases, enfatizando por ello su posición en la división social del trabajo y su función en la producción de ideologías.

Nos parece que a partir de esta revisión preliminar es posible establecer, con propósitos estrictamente analíticos, dos tradiciones principales en los estudios sobre los intelectuales. Una tenderá a hacer más significativa la posición diferencial del

intelectual en la cultura; otra, su relación con el poder. Aquélla usará como referentes sistemáticos la escolaridad y la ocupación; ésta, la función del intelectual como productor de ideologías y su inserción en las luchas de hegemonía que se libran en la sociedad. La primera de estas tradiciones puede adjudicarse, originalmente, a Weber. La segunda, a Gramsci.

Así, Weber señala que entiende por "intelectuales" un grupo de hombres que, en virtud de su peculiaridad, poseen un acceso especial a ciertos logros considerados como "valores de la cultura", y quienes usurpan, en consecuencia, el liderazgo de una comunidad de cultura¹⁹.

Contrasta con esta visión la conocida proposición de Gramsci, que afirma que todo grupo social que surge sobre la base original de una función esencial en el mundo de la producción económica establece junto a él, orgánicamente, uno o más tipos de intelectuales que le dan homogeneidad no sólo en el campo económico, sino también en el social y político²⁰.

Por lo general, cuando quienes se identifican a sí mismos como intelectuales intentan reflexionar con mayor profundidad sobre el contenido de su rol y actividad, apelan en esa reflexión básicamente a elementos de la primera tradición de análisis sociológico recién destacada.

En otras palabras, cuando el intelectual siente la necesidad de hacer explícita la imagen que tiene de sí mismo, o cuando se lo emplaza a hacerlo, tenderá a subrayar casi exclusivamente elementos que tienen que ver con su posición diferencial en la cultura. Excepcionalmente, se encontrarán casos en que la relación con el poder aparezca como un referente primordial, constitutivo de su rol y su actividad. Ello no quiere decir que esa relación esté ausente de las imágenes que los intelectuales se hacen de sí mismos, pero generalmente ocupa un lugar secundario y adjetivo, es decir, aparece como algo poco central y que, en todo caso, no es un ingrediente necesario de la propia definición. Aún más, cuando la relación con el poder comienza a ser principal en las reflexiones del intelectual sobre sí mismo, usualmente se presenta como radicalmente problemática. Lo que ya es un indicio de que el tema de la vinculación con el poder no es una cuestión pacífica en el seno del mundo intelectual.

El análisis sociológico tiende también a pasar por alto el hecho de que las visiones de los intelectuales sobre sí mismos,

a la vez que enfatizan la posición diferencial en la cultura, la **justifican** por apelación al contenido propio o intrínseco de la actividad que realizan. En la visión del intelectual, esa posición diferencial no es gratuita. Tiene como fundamento la naturaleza de su ocupación, considerada con independencia de las condiciones sociales que rodean su ejercicio.

Este punto es importante, por cuanto estas imágenes de sí mismos, al ser presentadas socialmente, intentan proveer de legitimidad a la situación específica del intelectual, o a determinadas reivindicaciones suyas frente a la sociedad y el poder político. Cuando el intelectual propone a los demás una cierta idea de quién es o qué hace, en el fondo está proponiendo a la vez y quizás primordialmente una cierta idea de cuáles son sus deberes —por cuyo cumplimiento o incumplimiento se le puede hacer responsable— y de cuáles son sus derechos en cuanto intelectual. En su visión, lo que él hace tiene un especial significado, es algo que se aparta del conjunto de actividades comunes. En consecuencia, es merecedor de unos determinados **privilegios**.

La argumentación en favor de los privilegios que el intelectual reivindica asume a veces un carácter **esencialista**. Es decir, reclama privilegios en virtud de ciertos atributos personalísimos, que son la expresión concreta de una esencia genérica o universal. La caracterización de Shils, esbozada al comenzar, es justamente de este tipo, cuando destaca elementos como la sensibilidad especial para lo sagrado, la excepcional capacidad para reflexionar acerca de la índole del universo y de las reglas que gobiernan la sociedad, o el supuesto hecho de que en cada sociedad existe una minoría de individuos animados por un espíritu de indagación.

Sin embargo, contemporáneamente esa argumentación tiene las más de las veces una naturaleza **sustancialista**. Lo que se invoca como fundamento de privilegios es el carácter propio de la actividad, bajo el supuesto de que se trata de una ocupación cuyo ejercicio se sujeta a unas reglas cuya validez es independiente de condiciones sociales o históricas específicas. Para ponerlo sintéticamente, habría una sustancia —la razón en diversas expresiones: razón científica, razón sociológica, razón historiográfica, etc.—, que proporcionaría el contenido de la actividad intelectual, en cualquier tiempo y lugar. La reivindicación de privilegios por el intelectual no sería otra cosa que

la reivindicación de los fueros de la razón.

Quienes se ven a sí mismos como intelectuales se identifican, por lo general, como portadores de la razón. Más allá de las cuestiones epistemológicas y de sociología del conocimiento que esa identificación propone, interesa para nuestros fines el hecho de que esa imagen ha sido y es socialmente eficaz. En una medida importante, los problemas que plantea el mundo intelectual tienen que ver con la eficacia social de esa imagen. En consecuencia, se trata de un aspecto que no se puede pasar por alto en el esfuerzo por conquistar elementos teóricos para la investigación y análisis de los intelectuales y la organización de la cultura.

NOTAS AL CAPITULO I

- 1 **International Encyclopedia of the Social Sciences**, Macmillan and Free Press, 1968. "Intellectuals", E. Shils, p. 399, vol. 7.
- 2 **Diccionario de Ciencias Sociales**, Instituto de Estudios Políticos, Madrid 1972. "Intelectual", P. Lucas Verdú, p. 1134, vol I.
- 3 Cit. por R. Debray, *Le Scribe*, Grasset, París, 1980, p. 259. En esta conexión, véase, además, L. Bodin, *Les Intellectuels*, PUF, París, 1964, pp. 6-9. También L. Coser, *Men of Ideas*, The Free Press, New York, 1966, pp. 215-226.
- 4 Cit. por R. Debray, op. cit., p. 256.
- 5 V. Letelier, *Filosofía de la Educación*, Imprenta Cervantes, Santiago de Chile, segunda edición, 1912, p. 538.
- 6 Es un prejuicio de los intelectuales, sostenía Encina, no entender ni apreciar la actividad industrial. De ahí su orientación hacia una educación formativa de "humanistas" y profesionales liberales. Véase F. Encina, *Nuestra Inferioridad Económica*, 1911, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1978, por ej., pp. 56-61. Para un cuadro de los intelectuales chilenos de comienzos del siglo XX, véase G. Vial, *Historia de Chile*, Editorial Santillana del Pacífico, Santiago de Chile, 1981, volumen I, tomo I, capítulos segundo y tercero.
- 7 R. Aron, *L'opium des Intellectuels*, Calmann-Levy, París, 1955, pp. 213-14.
- 8 Lévy-Strauss, *Tristes Trópicos*, EUDEBA, Buenos Aires, Argentina, 1970, p. 296.
- 9 Véase, también para la cita, J. Godoy and I. Watt, "The Consequences of Literacy". En J. Karabel and A.H. Halsey (eds) *Power and Ideology in Education*, New York-Oxford University Press, 1977, Cap. 27.
- 10 Al respecto, ver W. Stokes, "The 'pensadores' of Latin América". En G.B. Huszar (ed) *The Intellectuals, A Controversial Portrait*, The Free Press of Glencoe, Illinois, 1960. Para un comentario "desde el sur", G. Cucullu, "El estereotipo del 'intelectual latinoamericano'. Su relación con los cambios económicos y sociales". En J.F. Marsal (ed) *El Intelectual Latinoamericano*, Editorial del Instituto, Buenos Aires, Argentina, 1970, cap. III.
- 11 F.P. Ellison, "The Writer". En John J. Johnson (ed) *Continuity and Change in Latin America*, Stanford University Press, California, 1964. Sobre la visión standart del norte respecto a los intelectuales del sur, puede consultarse también el capítulo segundo del libro de J. O. Morris, *Las Elites, Los Intelectuales y el Consenso*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile, 1967.
- 12 Ver Karl Mannheim, *Ensayos de Sociología de la Cultura*, Aguilar, Madrid, 1963, especialmente la parte II, "El Problema de la *Intelligentsia*".
- 13 Ver E. Shils, "La Sociedad de Masas y su Cultura" en *Los Intelectuales en las Sociedades Modernas*, DIMELISA, México, 1976.

- 14 Ver S.M. Lipset, "Los Intelectuales norteamericanos: su política y su status" en *El Hombre Político*, EUDEBA, Buenos Aires, Argentina, 1963.
- 15 Véase D. Bell, *The Coming of Post-Industrial Society*, Basic Books, New York, 1976, especialmente cap. 3.
- 15 bis D. Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Basic Books, New York, 1978, p. 36.
- 16 Silvino Grussu, 'Modificazioni delle funzioni intellettuali dal 1936 ad oggi. Una analisi quantitativa'. En *Crítica Marxista*, N° 6, 1977, p. 41.
- 17 Véase M. Lowy, *Para una Sociología de los Intelectuales Revolucionarios* (la evolución política de Lukács 1909-1929), Siglo XXI, México, 1978.
- 18 Vease R. Debray, *Le Pouvoir Intellectuel en France*, Editions Ramsay, París, 1979.
- 19 M. Weber, (Eds. Gerth and Mills) *From Max Weber: Enssays in Sociology*, New York-Oxford University Press, 1965, p. 176.
- 20 A. Gramsci, *La Formación de los Intelectuales*, Grijalbo, México, 1967, p. 21.